

JUAN LUIS GALLARDO

LA VENGANZA DE
GUSTAVO COSTA

NOVELA

oo000oo

JUAN LUIS GALLARDO nació en Buenos Aires, es abogado, enseñó Historia Argentina en la Universidad Católica, columnista en *La Prensa*, *La Nueva Provincia* y la revista *Confirmado*, escribió más de cuarenta libros, que incluyen novelas, poesía, historia, cuentos, biografías y crónicas de viajes. Recibió la *Cruz de Plata Esquiú*, el premio *Santa Clara de Asís* y la estatuilla *Leonardo Castellani*. Es miembro de la Academia del Plata, de la Academia Provincial de Ciencias y Artes San Isidro y de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

Contenido

ADVERTENCIA	3
Capítulo 1: GUSTAVO COSTA.....	4
Capítulo 2: EN RÍO GRANDE	7
Capítulo 3: INSUBORDINACIÓN.....	19
Capítulo 4: DESEMBARCO EN MALVINAS.....	27
Capítulo 5: UN PLAN DE VENGANZA	36
Capítulo 6: EN EL ARCHIPIÉLAGO	44
Capítulo 7: COMIENZA LA GUERRA	55
Capítulo 8: COMBATES Y BATALLAS	61
Capítulo 9: LA VENGANZA DE GUSTAVO COSTA.....	68

ADVERTENCIA

Esta novela se inspiró en la noticia de un hecho, vinculado con la Guerra de Malvinas, que conocí por varios conductos. La oí de labios del capitán de navío Siro De Martini, del almirante Basilio Pertiné y de algún otro marino amigo. Ninguno de ellos pudo asegurarme que fuera verídica aunque tampoco descartó que lo fuera. Escribí un relato breve que tuvo el asunto como eje (*Malvinas*, incluido en el libro *Estación del Sud y otros cuentos*); ahora me decido a ampliarlo hasta conferirle el formato de una novela breve. Debo aclarar, no obstante, que la misma sólo conserva el núcleo de la versión llegada originalmente a mi conocimiento, la cual me vi precisado a rellenar y complementar para otorgarle la extensión necesaria. Por lo tanto, ésta no pretende ser una novela histórica. Si bien muchos de sus pasajes se corresponden con la realidad de los hechos acaecidos en 1982, que es justo traer a la memoria de los argentinos con intención reivindicatoria.

J.L.G.

Capítulo 1: GUSTAVO COSTA

¡Gustavo, Gustavito, llegó la citación!

Con estas palabras fue recibido Gustavo Costa por su madre, al comenzar febrero de 1981. Y tenían por motivo la recepción del esperado aviso, mediante el cual se lo convocaba para la revisión médica previa al servicio militar, que debía cumplir como ciudadano clase 1961.

Gustavo era *NIC*, vale decir *nacido y criado* en la Patagonia, donde tal condición es motivo de orgullo para quienes forman parte de una población de reciente arraigo, aluvional y convocada por circunstancias vinculadas frecuentemente con el azar y la aventura. Su padre había llegado joven a Comodoro Rivadavia, atraído por la explosión de actividad petrolera que trajeron aparejados los contratos autorizados por el gobierno de Arturo Frondizi. Y, aunque esa actividad decreció luego, él se quedó allí, habiéndose casado con una chica, Alicia, nieta de galeses, nacida en Gaiman.

Mayor de tres hijos, los hermanos de Gustavo eran Margarita y Julio, bien avenidos todos entre sí.

Para Gustavo, la vida transitó por carriles previsibles, dadas las circunstancias que la rodearon. Hizo su Primera Comunión en la parroquia próxima, a cargo de los salesianos, completó la educación primaria y secundaria en el colegio del barrio, jugó bastante bien al fútbol, actividad que en Comodoro tiene sus riesgos dadas las piedritas que disimula el escaso césped de las canchas. Alcanzada la edad requerida, los sábados por la noche participó en los bailes que organizaba el club cuyos colores defendía como marcador de punta. Tuvo un breve noviazgo de adolescente, que un día terminó como suelen terminar los noviazgos de adolescente. Y, a la fecha, invitaba al cine a Florencia, una chica que fuera compañera de banco en tercer año del secundario. Cumplidos los diecisiete, consiguió trabajo en la sucursal local del Banco Nación, donde ingresó como cadete.

En el sorteo referido a la conscripción le tocó un número altísimo, de modo que supo enseguida que tendría que pasar dos años largos en la Armada. Lo que no supo enseguida fue dónde sería eso. Y por el grito de su madre se enteró de que lo habían citado para la revisión médica, cumplida la cual le comunicarían su destino naval.

No es que a Gustavo le entusiasmara la perspectiva de estar una temporada bastante extensa bajo bandera. Pero tampoco le parecía que eso fuera un drama. Total, era una obligación que alcanzaba a todos los muchachos de su edad y aceptaba con naturalidad el hecho de tener que adiestrarse para defender a la patria, si fuera preciso hacerlo en algún momento.

La primera revisión tuvo lugar en Comodoro y hubo una segunda cerca de La Plata, en el Parque Pereyra Iraola, hasta dónde viajó en ómnibus. Acomodados los candidatos en un playón, sentados espalda contra espalda formando cuadro, empezaron a sobrellevar la molestia de ser manejados a grito pelado por un par de suboficiales que dirigían las cosas. Luego de algunas verificaciones algo vejatorias Gustavo fue declarado ATS, o sea *Apto para Todo Servicio*, quedando informado de que, próximamente, quedaría incorporado al BIM 5, vale decir al *Batallón de Infantería de Marina número Cinco* con asiento en Río Grande.

Capítulo 2: EN RÍO GRANDE

La ciudad de Ushuaia se extiende junto al Canal de Beagle y es necesario trasponer una cadena de altas montañas para, después de dejar atrás el Lago Fagnano y extensas turberas, llegar hasta Río Grande. Población importante que vive principalmente del ganado lanar y de la efímera prosperidad que le reportó, durante un tiempo, el armado de equipos electrónicos cuyos componentes llegaban allí libres de impuestos. Cuenta con aeropuerto y las instalaciones del BIM 5 constituyen uno de sus elementos destacados.

-Habrá que ver cómo lo pasamos acá- se dijo Gustavo al llegar.

Y ni él ni sus compañeros la pasaron demasiado bien. Enfundados en sus uniformes de fagina, rapados por *Manos Brujas*, el peluquero del Batallón, y sometidos a las inclemencias del clima, más frío que el de Comodoro Rivadavia, habituarse a su condición de reclutas no les resultó fácil a los conscriptos clase 1961.

A Gustavo, un chico razonable al fin de cuentas, le molestaba la arbitrariedad de las órdenes que debía cumplir. Y, para peor, cumplir sin chistar. Pasaría mucho tiempo hasta que un oficial del que se hizo amigo le explicara la razón de tal arbitrariedad.

-Lo que sucede, muchacho, es que se debe obtener del soldado una respuesta automática, inmediata, de ningún modo sujeta a un análisis previo respecto a la razonabilidad de la orden recibida. En una unidad militar bien entrenada se obedece sin preguntar el porqué de una orden. De lo contrario, pierde toda eficacia combativa y se transforma en un cuerpo deliberante. Por eso, si alguna vez hubiera que juzgar acciones realizadas por militares, lo que corresponde es indagar a los jefes, nunca a los subordinados.

Gustavo admitió la explicación del oficial. Pero tal explicación tardaría bastante en serle suministrada. Por el momento, la arbitrariedad de las órdenes recibidas le resultaba casi insoportable. Cosa que les sucedía a todos los conscriptos recién incorporados, entre los cuales la común adversidad empezó a forjar vínculos amistosos.

Dos fueron los primeros amigos de Gustavo. A uno, El Beto, ya lo conocía de Comodoro, pues habían coincidido en algún torneo de fútbol, jugando para distintos equipos. Al otro, Willy, no lo había visto hasta que los incorporaron y era nieto de un inglés con campo en Río Gallegos. Rápidamente se hicieron inseparables y pronto empezaron a llamarlos *Los Tres Mosqueteros*.

El problema que implicaba la obligación de obedecer órdenes arbitrarias no era, sin embargo, una cuestión

genérica. Pues, en el caso de Gustavo, aparecía agravada por una particularidad especialmente odiosa: el cabo principal Oscar Muñoz, encargado de instruir a su sección, parecía haberle cobrado particular antipatía y le exigía mucho más que a los otros. Al menos, así lo entendía Gustavo.

La jornada empezaba *a diana* en el BIM 5. Y esa era la primera arbitrariedad del día pues despertar *a diana* suponía hacerlo al alba, sin que ninguna actividad específica obligara a ello. Al sonido del silbato los conscriptos debían saltar de sus lechos y formar al pie de ellos para recibir la orden de:

-¡Con los elementos de aseo personal, al baño mar!

Eso sí, el rigor del clima determinaba que el agua del baño estuviera bien caliente, cosa que no siempre sucede en acantonamientos castrenses.

Al desayuno la sucedían habitualmente aburridas clases teóricas, sesiones destinadas a familiarizarse con el armado y desarmado de los fusiles FAL y FAP o salidas *al campo* para realizar ejercicios de combate. Estas salidas constituían el marco adecuado para que el Cabo Principal Oscar Muñoz desplegara la energía que lo caracterizaba para adiestrar a su gente. Y para exigir a Gustavo hasta el límite de sus fuerzas.

Como tipos humanos, Gustavo y Muñoz resultaban francamente contrapuestos. Gustavo era alto, logilíneo, rubión, de ojos claros. Muñoz tenía pinta de criollo, era morocho, retacón, de pelo negro y gran fortaleza física.

Las *salidas al campo* respondían fielmente a su denominación pues, previo a comenzar los ejercicios, la fracción a cargo de Muñoz marchaba en formación, superaba el puente del Río Grande y se dirigía a las afueras hasta alcanzar terrenos sin delimitar, donde abunda la turba o la piedra y cubiertos de nieve buena parte del año.

El tránsito desde el cuartel hasta las afueras ya constituía un espectáculo pues, marcial, imponía Muñoz que fuera a paso redoblado y, de yapa, al son de una marcha que, en su momento, había compuesto un conscripto con veleidades literarias y que cierto integrante de la banda proveyera de música.

Aunque letra y música dejaran mucho que desear, a Muñoz lo llenaba de gusto que su gente marchara desafinando aquella composición que empezaba diciendo.

Si el Bim Cinco va a la lucha

ya verán lo que es pelear.

Se los puedo asegurar

¡la gran pucha!

Como el arribo de unos cuantos conscriptos clase 61 se produjo antes que llegara el otoño, las *salidas al campo* resultaron al principio menos sacrificadas, ya que no era tan intenso el frío que los infantes debían soportar. Por lo demás, la intensidad del adiestramiento no variaba en razón de la estación.

Arrancaba con la orden de *¡al frente, carrera mar!*, seguida casi de inmediato por *¡a tierra!* Y otra vez *¡carrera mar!* Y otra vez *¡a tierra!* Órdenes verbales que al rato eran reemplazadas por cortos pitazos.

Muñoz corría a la par de sus hombres, lo cual le permitía apreciar hasta qué punto éstos se aplastaban contra el suelo en los cuerpo a tierra. Si la zambullida no era suficientemente profunda, gritaba el suboficial al infractor:

¡Meta la cabeza bien abajo, reclutón! Si no se la van a volar en combate.

Para peor, poco le importaban a Muñoz las condiciones del terreno, de modo que la voz de *¡a tierra!* bien podía llegar mientras el pelotón corría sobre un pedregal o

cruzaba entre matas espinosas. Peor aún, parecía que el hombre prefiriera ordenar las zambullidas sobre guijarros y espinas pues, según explicaba en los descansos, no es posible elegir dónde tirarse cuando se está recibiendo fuego enemigo.

Pero los *cuerpo a tierra* no se reducían a su sola práctica. Porque, habitualmente, les sucedía la orden de:

¡Rodillo a la derecha! o ¡rodillo a la izquierda! previas a otro *¡carrera mar!*

Exigencias todas que Gustavo entendía que se volvían más perentorias cuando se le referían, multiplicándose a su respecto las indicaciones de meter la cabeza más abajo o rodar con mayor velocidad hacia un lado u otro.

Cuando se salía al campo los descansos eran breves y no abundaban. Incluyendo a veces permiso para fumar un cigarrillo y a veces no. Pues, según explicaba Muñoz, la brasa del pucho podía servir de blanco al adversario. Por eso, cuando permitía fumar, indicaba que se la debía ocultar en el cuenco de la mano.

Durante los descansos, casi siempre *Los Tres Mosqueteros* formaban grupo.

-¡Muñoz me tiene podrido!- solía repetir Gustavo. –No hay quien lo aguante.

-Es muy exigente- contestaba invariablemente Willy – Aunque está convencido de lo que hace. Yo diría que nació para soldado.

-Todo lo que quieras, pero igual es insoportable. Y no me negarás que me tiene entre ojos.

-Sí, parecería. Vaya uno a saber. Exige a todos. Tal vez a vos un poco más...

-¡Cómo un poco más! No me deja vivir.

Sin embargo, no eran todas desazones en el BIM 5. Concluidas las actividades diarias los conscriptos conversaban entre ellos, se les permitía tomar mate y hasta, pasado un tiempo, se fue estableciendo cierto grado de confianza entre ellos y sus jefes. Incluso el comandante de la unidad, capitán Carlos Robacio, gozaba de popularidad entre la tropa. Opinión favorable que también alcanzaba, entre otros, a los tenientes Bianchi y Salas, como así también al médico Rubén Abete. Los días

de franco algunos iban al cine o a bailar, relacionándose con jóvenes de la población. *Los Tres Mosqueteros*, además de esas mínimas actividades sociales, solían salir a caminar por la orilla del mar que se extiende, gris, hasta el horizonte lejano, punteado por vellones de espuma.

Presidente de la República era el general Roberto Eduardo Viola, quien reemplazara en el cargo al general Jorge Rafael Videla, titular del Poder Ejecutivo desde que las Fuerzas Armadas derrocaran a Isabel Martínez de Perón y dieran comienzo al llamado *Proceso de Reorganización Nacional* o, simplemente, *el Proceso*.

En 1978 se había estado al borde de la guerra con Chile, a raíz del diferendo planteado en torno a las islas del Canal de Beagle. Y declinaba ya la intensidad del enfrentamiento con la guerrilla insurreccional, iniciado con el secuestro y posterior asesinato del ex presidente Aramburu, alcanzando una gravedad tal que incluyó un intento de segregación de la provincia de Tucumán por parte del *ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo)*.

Intentaba Viola un regreso paulatino a la *normalidad institucional* mediante una rueda de conversaciones con los partidos políticos, marginados de la vida pública desde el comienzo del *Proceso*. Pero esos tanteos no progresaban mayormente, agravado su estancamiento por la progresiva pérdida de confianza que experimentaba el presidente entre sus camaradas.

Claro que tales avatares políticos no afectaban mayormente la existencia del BIM 5, muy lejano al teatro de los acontecimientos. Aunque se sabía, naturalmente, que el representante de la Armada en la Junta Militar a la que respondía Viola era el almirante Lambruschini.

-Te aseguro que un día lo voy a fajar a Muñoz- exclamó Gustavo esa tarde, mientras caminaba junto al mar con sus amigos.

-No digás macanas- le respondió Beto.- Vas a complicarte la vida y, de todos modos, no hay mal que dure cien años. Ya llevamos seis meses de incorporados y, cuando menos lo pensés, te llegará la baja.

-Falta un año y medio para eso y a Muñoz ya no me lo banco.

-Aguantá. Y te digo una cosa: si creés que no podés aguantar más, hablá con algún oficial y pedile consejo. Con Salas, por ejemplo.

-Salas es bastante gaucho, pero si le voy con un asunto así me va a sacar chairando: porque es milico hasta el caracú y para los milicos la disciplina es lo primero.

-Así y todo, pensátele.

-Es al cuete.

Y, efectivamente, la animadversión entre Gustavo y Muñoz se había ido agravando a ojos vistas. ¿Obedecía eso a un designio deliberado del suboficial o no?

Costaba creer que ese hombre se hubiera propuesto explícitamente amargarle la vida a un muchacho que nada le había hecho. Pero estaba claro que la sola presencia de Gustavo lo exacerbaba. Del mismo modo que la de Muñoz exacerbaba a Gustavo.

Cada vez que Muñoz lo veía a Gustavo se encargaba de señalarle que no lo había saludado correctamente, o de hacerle un encargo molesto, o de ordenarle un cuerpo a tierra innecesario. Cosa que llegaba al colmo en las salidas al terreno, durante las cuales la exigencia alcanzaba su

máxima expresión. Carreras, salto de rana, zambullidas en la nieve, rodillos laterales...

-¡Está dormido, recluta! ¡Hay tipos que no van a aprender nunca! ¡Y esos son los primeros que caen en combate... por inútiles!

Cierto día Gustavo se cruzó con el Teniente Héctor Salas y, en un arranque súbito, decidió abordarlo y plantearle su situación.

-Permiso, señor- dijo.

-Lo escucho, muchacho.

Pero hasta ahí nomás llegó la resolución de Gustavo.

Supo de antemano que el oficial no desautorizaría al suboficial, afectando así la disciplina militar. Y, para justificar su interpelación, Gustavo prefirió formular una consulta genérica referida al porqué de las órdenes arbitrarias que se recibían tantas veces, sobre todo en los primeros tiempos de servicio.

Y fue entonces cuando Salas le dio la explicación que hemos citado antes, vinculada con la necesidad de obtener del soldado una respuesta automática, sin análisis previo sobre la procedencia y oportunidad de la orden. Es el modo de evitar, dijo, que una unidad militar se transforme en una asamblea deliberativa.

Cosa decididamente excepcional, a mediados de julio del 81 los conscriptos del BIM 5 tuvieron unos días de licencia. Gustavo marchó a Comodoro con Beto.

Capítulo 3: INSUBORDINACIÓN

Durante su breve estadía en Comodoro Rivadavia a Gustavo le volvió el alma al cuerpo. Con Beto retomaron sus viejas rutinas, disfrutaron la compañía de sus familias, los tallarines dominicales, de despertares que no obedecían al repentino sonido de un silbato. Gustavo salió a bailar con Florencia y confirmó que la chica le gustaba. De lo que no estaba seguro es de que él le gustara a ella, aunque confiaba en que así fuera.

Pero, junto con la alegría que le proporcionaba su recobrada vida de civil, un sentimiento paralelo empezó a dominar su espíritu: el impulso de desertar.

No es que hubiera cobrado animadversión al BIM 5. Al contrario, pese a la aspereza de su permanencia bajo bandera, hasta había adquirido cierta simpatía por la unidad donde revistaba. Muchos de sus compañeros eran ya amigos suyos, el trato con sus superiores mejoraba día a día y la percepción de las excelencias militares del Batallón halagaba su autoestima. Empezó a valorar su condición de Infante de Marina, cosa que ni siquiera se le ocurriera que podía suceder al llegar a Río Grande.

Pero estaba Muñoz de por medio. Cuya proximidad bastaba para neutralizar cualquier sentimiento favorable a la Armada que pudiera abrigar. Tanto era así que pasó a considerar seriamente la posibilidad de convertirse en desertor. Pese a no ignorar las graves consecuencias que derivarían de ello. Un día confió su inquietud a Beto.

-Beto, yo me rajo- le dijo

-¿Cómo que te rajás? ¿De dónde querés plantar?

-Del Batallón.

-¿Pensás desertar?

-Eso pienso.

-Estás loco.

-No tan loco. A Muñoz no lo aguanto más.

-Está bien, no volvés a Río Grande. ¿Y a dónde te vas a meter? Tendrías que desaparecer de tu casa y pasar a vivir como un prófugo, como un delincuente perseguido por la autoridad. Además, a la larga o a la corta te van a pescar y te van a meter en cana. No sé si en el Batallón o en una cárcel común pero en cana.

También comentó la posibilidad a Florencia, ya enterada de su enemistad con Muñoz. Florencia coincidió con Beto respecto a desalentar su proyecto. Proyecto que, finalmente, también fue desechado por Gustavo, que se dijo:

-Bué... habrá que seguir aguantando.

A principios de agosto los conscriptos del BIM 5 estaban de regreso en Río Grande, concluida su licencia. Y, como para recuperar el tiempo perdido, Muñoz multiplicó sus exigencias, sobre todo aquellas vinculadas con las salidas al campo.

Apenas tragado el desayuno salía la sección del cabo principal, conmoviendo el alba con aquella marcha que empezaba diciendo:

*Si el Bim Cinco va a la lucha
ya verán lo que es pelear.*

Agosto había terminado pero el invierno estaba en su apogeo, como si la primavera no fuera a llegar jamás. Y cierta madrugada glacial partió la sección conducida por Muñoz rumbo al campo, rítmico el sonar de los tacos golpeando el suelo helado.

*Se los puedo asegurar
¡la gran pucha!*

entonaban los infantes, exhalando nubecitas de vapor por la boca al hacerlo. Cruzaron el puente y el suboficial les dirigió unas palabras antes de comenzar la instrucción.

Infantes- empezó diciendo- tal vez crean que se me va la mano en el entrenamiento. Pero la obligación de una unidad de combate es contar en todo momento con la máxima preparación. No piensen que nunca llegará el momento de emplear esa preparación. La guerra puede presentarse inesperadamente. Y en la guerra, triunfan y sobreviven los que están mejor preparados. Vamos...!Al frente carrera mar!

Si bien el camino estaba congelado y más o menos libre de nieve, en el campito aparecían grandes manchones nevados entre las piedras, la turba y los matorrales. De

modo que, cuando la sección recibía la orden de *¡a tierra!*, quienes la ejecutaban debían zambullirse en la nieve reiteradamente.

-¡La cabeza metida bien abajo! ¡Si no lo hacen así la van a perder en combate! ¡A tierra! ¡Rodillo a la derecha! ¡Carrera mar! ¡A tierra!

En eso estaban cuando, obedeciendo la orden de *¡a tierra!*, Gustavo se tiró en medio de un manchón de nieve. Y, a poco de hacerlo, sintió un golpe en la cabeza y oyó a Muñoz que le gritaba:

¡No sea inútil, recluta! ¡Si en la guerra mantiene la cabeza así de alta será hombre muerto!

Y, como para no dejar dudas sobre el significado de la orden, el cabo hundió la cabeza de Gustavo en la nieve, empujándola violentamente hacia abajo con la suela del borceguí. El muchacho estalló. Totalmente fuera de sí se levantó de un salto y le metió un derechazo a Muñoz en la nariz, que empezó a sangrar.

Sin llegar a creer lo que había pasado, el cabo, lívido, se limpió la nariz con la manga y gritó:

-¡Atención!! Firmes! ¡Usted y usted: desarmen a Costa y me lo llevan detenido al cuartel! ¡Se acabó el ejercicio!

En columna de tres en fondo regresó la sección, con Muñoz al frente y Gustavo custodiado por dos de sus compañeros.

Sentado en el camastro del calabozo se dijo Gustavo:

-Terminé por explotar. Maldito Muñoz.

Casi en vilo lo habían llevado hasta el Batallón donde, sin mayores trámites, lo metieron en el calabozo. Que era un cuartito de tres por tres, con un ventanuco enrejado, un banco y un camastro. Donde, por fortuna, no hacía frío pues lo alcanzaba la calefacción del edificio. Le traían la comida cuando comían los demás y lo llevaban al baño, bajo custodia, si lo solicitaba al centinela.

Y, como los guardianes eran sus compañeros, testigos muchos de ellos del desgraciado incidente con Muñoz, lo trataban lo mejor que podían, le alcanzaban material de lectura para matar el tiempo y alguna golosina comprada en la cantina para matizar la dieta diaria. Beto se acercaba cada vez que podía y pasaba bajo la puerta galletitas *Tita* y *Rhodesia*.

En cuanto Gustavo fue depositado en el calabozo se puso en marcha el procedimiento establecido para juzgar su conducta. A un teniente de fragata llamado Ernesto Silvestri se lo designó sumariante, informándose al preso que contaría con un defensor desde el momento en que fuera necesario formular los descargos. Pero, mientras avanzaba lentamente el mecanismo formal establecido, Gustavo se aburría soberanamente, preguntándose sin embargo, con alguna alarma, cómo terminaría aquello. Y acumulando un odio creciente contra Muñoz, a quien consideraba único culpable de la situación que vivía.

-Algún día me voy a vengar de ese tipo- pensaba. -A la larga o a la corta me las va a pagar.

Y, abrumado por la rutina, acariciando la intención de vengarse, se pasaba las horas tendido en el camastro, fijos los ojos en el techo del calabozo. En el cual la humedad había dibujado figuras caprichosas que se sabía

de memoria, asimilándolas a mapas de regiones fantásticas que recorría con la imaginación.

Lo despertaban a diana, lo llevaban al baño y, luego, le suministraban los elementos necesarios para limpiar el calabozo. A media mañana se le permitía trotar un rato por el playón de la unidad a fin de no anquilosarse. Una vez en que lo estaba haciendo vio de lejos a Muñoz y sus propósitos de venganza le subieron del corazón a la garganta produciéndole un ahogo.

.....

Willy era un muchacho con inquietudes y curiosidades. Lo cual le impulsó a hacer preguntas referidas a las características de las vecindades de Río Grande y a procurar explorar sus inmediaciones. Una de sus fuentes de información era el teniente Salas, que ya llevaba cierto tiempo en la zona. Un día le dijo Salas:

-Me han autorizado para disponer de un vehículo a fin de hacer una visita a Bahía Thetis, que es un lugar que no conozco y sobre el que he oído algunas historias interesantes. Lo llevaré conmigo. Saldremos mañana temprano.

La propuesta le entusiasmó a Willy, que aguardó con impaciencia la llegada del día siguiente.

Apenas concluido el desayuno Salas y Willy partieron en un jeep hacia su objetivo. El día no era malo, aunque había viento, como siempre.

-Durante mucho tiempo –explicó Salas- desde la costa de la bahía se veían los restos de un viejo velero inglés, encallado en un banco de pedregullo. Y fue por los años

40 ó 50 que un porteño de apellido Aguirre llegó hasta allí, invitado por un estanciero amigo. Vio el buque abandonado y se hizo llevar en bote hasta al lado del mismo, reparando en que conservaba un hermoso mascarón de proa, representando una figura femenina, del que resolvió apropiarse. Al día siguiente volvió junto al barco y, como el mascarón era muy grande, le cortó la cabeza con un serrucho y se la llevó a Buenos Aires.

Aunque durante años y años nadie le había llevado el apunte al velero encallado, en cuanto se conoció la suerte del mascarón se alborotaron las autoridades y Aguirre casi termina preso. Llegó la policía a su departamento porteño y él se salvó porque entregó el trofeo sin chistar, manifestando que estaba abandonado cuando se lo quedó, cosa que era cierta. Hoy está el mascarón, completo, en el Museo del Fin del Mundo, de Ushuaia. Y si uno se acerca, puede advertir el corte en el cuello de la figura, claro que debidamente reparado.

-Linda historia-comentó Willy.

-Pero no es la única vinculada con Bahía Thetis. Porque ahí estuvieron encallados unos cañones navales del siglo XIX sin que fueran rescatados hasta algún momento que ignoro, aunque creo que no muy lejano. Además, cerca de una de sus playas funcionó una factoría alemana, que trabajaba con cueros de foca y lobos marinos. Sobre el final de la Segunda Guerra Mundial, según me contaron, la factoría fue desmantelada y parte de sus elementos retirados por un submarino. Pero no todos, porque quedaron abandonados bastantes cueros estibados y algunos cajones conteniendo maquinaria que ni siquiera

habían sido abiertos, marcados con sellos en que decía *Hamburgo*.

Los relatos de Salas determinaron que el tiempo volase y pronto los expedicionarios estuvieron ante un barracón desierto que se alzaba cerca del borde de la bahía, en el cual había algunos utensilios destinados a eventuales visitantes, como ser cuchillos y tenedores, amén de sal, azúcar, fósforos y leña seca. Restos de algunas otras construcciones en estado ruinoso se observaban en las proximidades del barracón.

Frente al mismo hicieron un asado Willy y Salas que, después, recorrieron la zona, digna de verse. Un mar algo alborotado lamía el contorno semicircular de la playa, sembrada de guijarros y protegida por una barranca coronada por matas. Y, avanzando por la playa, llegaron a lo que supusieron serían las ruinas de la factoría germana. Donde aparecían aún algunas pieles reseca de lobos marinos y cajones abiertos, conteniendo piezas de metal oxidado. Como recuerdo, Willy se llevó un engranaje sellado con el águila bicéfala.

Bajaba el sol cuando emprendieron el regreso.

Capítulo 4: DESEMBARCO EN MALVINAS

Mientras estas cosas sucedían en Tierra del Fuego, sobrellevaba la República el deterioro del *Proceso de Reorganización Nacional*. Las gestiones políticas del general Viola no producían mayores frutos, resultando incluso contraproducentes pues los partidos, en vez de acordar con el gobierno un calendario que culminara con una convocatoria a elecciones, constituyeron una junta multipartidaria que tuvo por objeto reclamar elecciones a corto plazo. Cosa que molestó a los sectores militares más duros y contribuyó a aumentar el debilitamiento de Viola. Acentuado por el andar vacilante de la economía, conducida por el ministro Lorenzo Sigaut, que había reemplazado a José Alfredo Martínez de Hoz.

Pero, en medio de fracasos políticos y frustraciones económicas, los militares en el gobierno seguían llevando a cabo obras públicas de importancia pues, entre otras, ponían en marcha la central nuclear *Atucha II*.

Y, circunstancia que repercutió en Río Grande, como representante de la Marina en la Junta Militar, el almirante Jorge Isaac Anaya sustituyó al almirante Lambruschini.

De Anaya se sabían algunas cosas: que era un hombre enérgico, de una rectitud probada y que siempre había acariciado el sueño de recuperar las Islas Malvinas, usurpadas por Gran Bretaña en 1833. Este sueño de Anaya cobraría particular relieve a comienzos de 1982.

Lentamente avanzaba el sumario seguido contra Gustavo. El teniente Silvestri era amable con él, recogía fielmente sus declaraciones y hasta, a veces, le sugería algunas rectificaciones tendientes a que no le resultaran inútilmente perjudiciales. Mientras tanto, tomaba declaraciones complementarias e iba acopiando pruebas apuntadas a establecer la realidad de los hechos sucedidos. Aunque éstos no dejaran mayor lugar a dudas.

En dos oportunidades Gustavo recibió la visita de su familia. Primero lo visitaron sus padres y después sus hermanos, Margarita y Julio. Tanto aquéllos como éstos tuvieron la prudencia de no formularle reproches por su conducta, limitándose a acompañarlo y expresar sus deseos de que la situación tuviera pronto remedio. Gustavo, en cambio, no pudo dejar de manifestar su profundo resentimiento respecto a Muñoz, invitado a tranquilizarse por los visitantes.

-Me las va a pagar- murmuraba.

-Olvidate de Muñoz- repetían sus familiares.

En el mes de diciembre, prácticamente concluido el sumario, se producirían en el país novedades que influirían en el desarrollo de esta narración. Relevado finalmente Viola, con motivo de un problema de salud que muchos consideraron inexistente, ocupó la presidencia de la Nación el general Leopoldo Fortunato Galtieri, quedando la Junta Militar conformada por él, el almirante Anaya y el brigadier Basilio Lami Dozo.

Galtieri era grandote, con abundante pelo plateado, pinta de *condottiero* e ideas lineales. Contrariamente a Viola,

no tenía apuro por convocar a elecciones y deseaba consolidar antes *El Proceso*. Pero, no obstante algunos éxitos iniciales, *El Proceso* no daba para más. Durante el mes de marzo, una concentración sindical en la Plaza de Mayo, hostil al gobierno, fue disuelta a palos por la policía. Poco después, el 2 de abril de 1982, una noticia conmovió al mundo: tropas argentinas habían desembarcado en las Islas Malvinas con el propósito de reincorporarlas al territorio nacional.

No se sabe a ciencia cierta quiénes avistaron por primera vez las Malvinas. Lo más probable es que hayan sido los tripulantes de la carabela San Antonio, separada por la borrasca de las demás naves que componían la expedición de Magallanes. Lo cual sitúa el avistaje en el año 1520. A partir de entonces comenzaron a aparecer en los mapas como Islas Sansón. En 1600 son observadas por el holandés Sebald de Weert, que les impone su nombre pasando a llamarse Sebalinas. A fines del siglo XVII desembarca en ellas el inglés John Strong, quien las denomina Tierra de Hawkins. Y es en 1764 cuando toma posesión del archipiélago el joven oficial francés Antonio de Bougainville, que funda en el lugar una colonia a la que bautiza Port Louis en homenaje a Luis XV. Como Bougainville era natural de Saint Malo, decidió llamar Malouines a las islas. Término que se iría deformando hasta convertirse en Malvinas.

Las Malvinas integraban el territorio español, en virtud del reparto del mundo que había hecho el Papa Alejandro VI, recogido con enmiendas por España y Portugal

mediante el Tratado de Tordesillas de 1494 y ratificado por el Papa Julio II en 1506.

De modo que, enterada España de la fundación practicada por Bougainville, protestó ante Francia. Que aceptó la protesta y dispuso que las islas fueran devueltas a España. Cosa que se concretó en 1767, siendo arriada la bandera francesa e izada la española en Port Louis. Que pasaría a llamarse Puerto de Nuestra Señora de la Soledad, en homenaje a una advocación de María Santísima.

Algo grave había ocurrido, sin embargo, entre la fundación de Bougainville en 1764 y la restitución de 1767. Que consistió en otra fundación, llevada a cabo por el inglés John Byron en el islote Trinidad (Sauders para los británicos), al norte de la Gran Malvina. La población fundada por Byron se llamó Port Egmont.

Al saber de la presencia inglesa España vuelve a protestar, pero Gran Bretaña pone condiciones para restituir lo que ha ocupado. De modo que Bucarelli, gobernador de Buenos Aires, despacha hacia el sur una flotilla al mando del capitán Juan Ignacio de Madariaga, que expulsa los ingleses a cañonazos.

Los británicos se sienten humillados por tan drástico proceder y llegan a una solución diplomática con España que deja a salvo su honor: España devolverá Port Egmont a Inglaterra y ésta se retirará luego por propia voluntad. Acuerdo que se cumple al pie de la letra, ya que los ingleses abandonan las Malvinas el 20 de mayo de 1774.

A partir de entonces España rigió sin discusión en el archipiélago, sucediéndose una serie de gobernadores

que ejercieron allí su autoridad hasta la Revolución de Mayo.

Declarada la Independencia en 1816, la Argentina sucedió a España en la titularidad de su territorio y, en 1820, tomó posesión de las Malvinas a través del capitán Jewet, comandante de la fragata Heroína.

Durante la gestión de Martín Rodríguez, el gobierno de Buenos Aires otorgó una concesión a Luis Vernet para organizar una colonia en las islas. Además se lo puso a cargo de la Comandancia Política y Militar con jurisdicción sobre ellas, Tierra del Fuego, la Isla de los Estados, las Georgias y las Sandwich del Sud. El 15 de julio de 1829 Vernet se instaló en Puerto Soledad con su familia, naciendo allí una hija suya a la que puso el nombre de Malvina.

La colonia prosperó y, a mediados de 1831, tres goletas norteamericanas anduvieron por las Malvinas y la Isla de los Estados cazando lobos marinos sin estar autorizadas para hacerlo. Detenidas las goletas en Puerto Soledad se inició un incidente sobre el caso, marchando Vernet a Buenos Aires en una de ellas para impulsarlo ante las autoridades nacionales.

Aún estaba el asunto en trámite cuando apareció en Puerto Soledad el buque de guerra norteamericano Lexington, comandado por el capitán Silas Duncan. Quien, como represalia por la detención de las goletas, envió a tierra un grupo de hombres armados que penetró en las casas, destruyendo cuanto había en ellas y apoderándose de algunos de sus habitantes.

El gobierno argentino protestó sin éxito ante el norteamericano.

A todo esto, Juan Manuel de Rosas concluía su primer mandato y era sucedido por Juan Antonio Balcarce. Ausente Vernet, fue designado gobernador provisional de las Malvinas el capitán de artillería Esteban José Francisco Mestivier, francés, casado con una bella porteña, quienes, acompañados por un hijo de corta edad, fueron transportados a las islas por el teniente coronel de marina José María Pinedo, comandante de la goleta Sarandí.

Desembarcados en Puerto Soledad Mestivier y los suyos, como así también un grupo de soldados encabezado por el ayudante Gomila, Pinedo zarpó para cumplir una misión de patrullaje. Al regresar, en diciembre de 1832, se encontró con una situación terrible: algunos soldados, encabezados por Gomila, se habían amotinado, dando muerte a Mestivier y apoderándose de su mujer y su hijo.

Procuraba Pinedo restablecer el orden y averiguar lo sucedido cuando, el 2 de enero de 1833, inopinadamente se hizo presente en la rada un buque inglés. Era la corbeta Clío, comandada por el capitán John James Onslow. Quien comunicó a Pinedo que venía a tomar posesión de las islas en nombre de la corona británica.

Se aprestó éste para combatir, haciendo cargar sus cañones a bala y metralla, pero, desafortunadamente, tropezó con un obstáculo imprevisto: la mayoría de su tripulación era inglesa. E Inglaterra no permitía a sus súbditos luchar contra buques británicos y, en caso de hacerlo, serían ahorcados de inmediato. Así lo explicaría más tarde el cirujano de la Sarandí, John Clark: habiendo llamado la gente a los cañones ninguno de los marineros

extranjeros acudió, oyéndose una voz de que si peleaban con los ingleses y eran vencidos los colgarían a todos.

Ante esta situación, Pinedo protestó verbalmente ante Onslow, recibió el pabellón nacional que éste mandara arriar y zarpó rumbo a Buenos Aires para informar sobre los acontecimientos y posibilitar el envío de fuerzas suficientes para recuperar el archipiélago.

La Argentina no cesó de reclamar a través del tiempo la devolución de las Islas Malvinas. Periódicamente sus embajadores ante el Reino Unido reiteraron el reclamo sin éxito. El cual fue articulado en las Naciones Unidas al quedar constituidas las mismas. En diciembre de 1960 la Asamblea General del organismo dictó la Resolución 1514, tendiente a la descolonización de diversos territorios que revestían la condición de colonias. Más tarde, en diciembre de 1965, dictó la Resolución 2065 que incluyó a las Malvinas entre tales territorios, tomó nota de la disputa existente a su respecto e invitó a negociar para encontrar una solución pacífica al problema.

Con el marco de las resoluciones de la UN, a mediados de la década del 60 y comienzos de los 70 se dieron pasos significativos en la negociación con Inglaterra. Pero el esfuerzo en pos de lograr entendimientos estuvo sólo a cargo de la Argentina. Porque los ingleses nada concedieron. En síntesis, a lo largo de las tratativas se repitió una situación que las volvía prácticamente ociosas: Gran Bretaña se negaba a tocar el tema de la soberanía, que era el único que realmente interesaba a la Argentina.

En 1975 se difundió el Informe Griffith, de origen británico, que confirmó la posible existencia de petróleo

en la plataforma que rodea las islas. El 1° de marzo de 1982, ante el estancamiento de las conversaciones, nuestro país emitió un comunicado donde expresaba que mantenía el derecho de poner término a las mismas y de elegir libremente el procedimiento que mejor consultara a sus intereses.

Transcurridos casi ciento cincuenta años de reclamos inútiles, la paciencia argentina estaba agotada.

Antes de ello, un comerciante argentino, Constantino Davidoff, había iniciado gestiones para desmantelar una factoría ballenera que se hallaba en las Islas Georgias del Sud. El contrato respectivo se firmó en febrero de 1979 y al mes siguiente Davidoff informó sobre el particular al gobernador británico de las Malvinas, poniéndose en contacto con la embajada inglesa en Buenos Aires. También la cancillería argentina estaba en conocimiento de la operación y hasta la habría alentado por considerarla un elemento favorable al secular reclamo nacional sobre las Malvinas y sus dependencias australes.

Para llevar su gente a las Georgias, Davidoff intentó obtener los servicios del buque polar inglés Endurance, fracasando en el intento. A raíz de lo cual contrató los servicios del transporte Buen Suceso, de la Armada Argentina. El 19 de marzo de 1982 ese barco depositaba en Puerto Leith los hombres enviados por Davidoff, que izaron la bandera en su campamento.

A partir de ese momento Inglaterra inició una escalada que incluyó el envío del Endurance a las Georgias, con una dotación de infantes de marina para desalojar a los operarios argentinos. Nuestro país envió un buque de guerra para protegerlos.

El 25 de marzo, una Fuerza de Tareas de la flota británica, que incluía al menos un submarino nuclear, partió de Gibraltar hacia el teatro de los acontecimientos. Por su parte, días después, zarpaban hacia allí el portaaviones 25 de Mayo, las fragatas Santísima Trinidad y Hércules, las corbetas Drummond y Granville –despachadas con anterioridad- el rompehielos Almirante Irizar y el submarino Santa Fe, comandados por el transporte Cabo San Antonio, donde viajaba el almirante Carlos Büsser, jefe de la operación, y una fracción del Regimiento 25 de Infantería bajo las órdenes del teniente coronel Mohamed Alí Seineldín.

En la noche del 1° al 2 de abril buzos argentinos ganaban la playa de Bahía Enriqueta, no lejos de Port Stanley. Sucesivamente, unidades de desembarco hacían otro tanto, continuando el llamado Operativo Rosario destinado a recuperar las islas.

La noticia de estos trascendentales sucesos llegó en las primeras horas de la mañana a Río Grande. Si bien nadie podría asegurar que el capitán Robacio no estuviera sobre aviso con anterioridad, ya que la unidad bajo su mando debería cumplir un papel importante en las jornadas que se sucederían a partir del desembarco argentino en las Malvinas.

Capítulo 5: UN PLAN DE VENGANZA

Gustavo no estaba incomunicado, de modo que rápidamente llegó a su conocimiento la sorprendente noticia que recorría el mundo. Fue su amigo Beto el que se la comunicó:

-¡Gustavo!- le dijo excitado- ¡Recuperamos las Malvinas!

-¿Qué decís?

-¡Que la Argentina recuperó las Malvinas! ¡Hace un rato que soldados nuestros desembarcaron cerca de Port Stanley! Parece que han dominado a la guarnición y ocuparon la casa de gobierno.

-No puede ser.

-Pero es. Lo están difundiendo por radio y la gente salió a festejar en todo el país. Aquí, en Río Grande, está lleno de banderas y los autos dan vueltas por el centro tocando la bocina.

-Sí, oí los cornetazos y no sabía qué pasaba.

-Por altavoces están pasando la Marcha de las Malvinas, que yo hace tiempo que no escuchaba.

-¿Y el BIM 5 irá a Malvinas?

-Todavía no sabemos nada, pero pienso que es una fija que saldremos para allí.

-Pero parte del batallón ya está de baja, a muchos de los muchachos les dieron las Libretas de Enrolamiento y se iban en estos días.

-Habrá que ver qué pasa.

Para festejar el suceso, a Gustavo le llevaron el desayuno especial que se había servido en el Batallón después del ordinario. Un desayuno de lujo que incluyó chocolate y facturas.

A media mañana hubo formación en la Plaza de Armas.

Willy era uno de los infantes que la integraban. Pensó que era paradójico que, nieto de ingleses, tuviera que llegar a combatir contra Inglaterra. Aunque no le cabía la menor duda sobre cuál debía ser su bando en la contienda, pues siempre había creído en la existencia de derechos argentinos sobre las Malvinas y, además, él era argentino, argentino su padre, argentina su madre y argentinos sus amigos. Por un momento reparó en la importancia del momento que vivía, tratando de grabar en su mente el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, alineados los integrantes del Batallón, gris el cielo y moderado el viento que agitaba la bandera en el mástil. Tampoco Beto pasó por alto la trascendencia de lo que estaba viviendo y hasta experimentó cierta emoción al reparar en ello. El suboficial Muñoz, firme como una estaca y clavada al frente la mirada, sintió que finalmente había llegado la circunstancia que justificaría su vocación militar.

Habló Robacio y dijo:

Que tenía el orgullo de comunicar oficialmente que la República Argentina había resuelto poner fin a la usurpación de las Islas Malvinas, cuando se estaban por cumplir 150 años del despojo y fracasadas todas las gestiones diplomáticas encaminadas a recuperarlas.

Que, en esos momentos, el pabellón nacional flameaba nuevamente en la capital del archipiélago.

Que, seguramente, al BIM 5 le correspondería participar en las acciones encaminadas a consolidar la recuperación, lo cual constituía un excepcional privilegio.

Que, dado que algunos de los infantes ya habían cumplido con la conscripción y recibido sus Libretas de Enrolamiento, podían optar por volver a sus casas o marchar como voluntarios a las islas devolviendo su documento.

Estamos, dijo, ante una cita con la Historia y nuestro Batallón sabrá responder gallardamente a su compromiso con la Patria.

Rápidamente ensayada, la banda cerró el acto con la Marcha de las Malvinas, entonando incluso la letra de Obligado, conocida por los músicos pero aún no por los soldados. Y más de uno lagrimeó al oír sus compases marciales.

Desde el calabozo, Gustavo oyó las órdenes impartidas durante la formación, los toques de clarín y la marcha de Obligado. Que llegaron a conmoverlo aunque su ánimo, afectado por el odio a Muñoz, no estaba mayormente predispuesto a registrar emociones patrióticas.

Fue entonces cuando se le ocurrió un plan que le permitiría consumir su venganza. Le estalló repentinamente en la mente y se puso a completarlo cuidadosamente, estableciendo el orden de los pasos que tendría que dar para llevarlo a cabo.

El plan era sencillo y de fácil ejecución, aunque realizar varias de sus partes escapaba a su control. Se trataba, en una palabra, de pedir una entrevista con su superior inmediato y plantearle su vehemente deseo de participar en la guerra que sobrevendría en Malvinas, movido por razones patrióticas. Una vez en las islas, esperaría el momento en que comenzaran las acciones contra los ingleses y, en medio del tiroteo, dispararía sobre Muñoz, cuya muerte sería imputada al enemigo.

Concebir el plan le produjo una gran excitación a Gustavo, quién decidió ponerlo en marcha de inmediato. Y, cuando Beto vino a verlo, le dijo:

-Mirá, Beto, yo no me voy a quedar aquí cuando todos ustedes se van a la guerra. Pediré ir también a Malvinas y cuando vuelva, si vuelvo, cumpliré la pena que me pongan.

-No me parece mal. ¿Y qué querés que haga yo?

-Que le digas al teniente Salas que quiero verlo.

Salas escuchó atentamente la solicitud de Gustavo. Y, luego de considerarla le dijo:

-Mirá, pibe: este pedido tuyo no se resuelve a mi nivel. Tenés que verlo al comandante Robacio. Que, en realidad, tampoco estaría en condiciones de decidir. Pero estamos viviendo circunstancias muy especiales, a vos te mueven motivos patrióticos y en una de esas te salís con la tuya. Yo a la cosa la veo bien. Y le voy a pedir al comandante que te reciba.

De vuelta en el calabozo, Gustavo se sintió un poco miserable por lo que estaba haciendo. Sentimiento que, sin embargo, no le hizo abandonar sus propósitos.

Asombrosamente, la propuesta insinuada por Robacio, respecto a que los conscriptos que estaban por volver a sus casas devolvieran la Libreta de Enrolamiento y marcharan voluntariamente a las islas, fue recibida favorablemente por la totalidad de quienes se hallaban en tal situación. Ni uno solo optó por irse de baja. Y, mientras llegaba la previsible partida hacia Malvinas, los muchachos gozaron unas horas de franco para despedirse de las amistades que hubieran hecho en Río Grande y llamar por teléfono a sus familias. Alguno se dirigió a la parroquia para confesarse, aunque se suponía que algún capellán se agregaría a la unidad en las islas.

El grupo de *Los Tres Mosqueteros* había quedado reducido a dos, por ausencia de Gustavo. De modo que fueron sólo Beto y Willy quienes se encaminaron a la confitería del poblado y, mediante algunas llamadas, se citaron con un par de chicas con las que habían trabado relación los fines de semana. Una se llamaba Elvira y la otra Marta, vivían en Río Grande y estaban terminando el secundario. Mientras las muchachas llegaban a la hostería *Los Sauces*, situada en la avenida *Elcano*, los dos amigos llamaron a sus casas para despedirse. Trámite emotivo que ambos prefirieron abreviar.

La reunión con Elvira y Marta resultó agradable pero la sombra de la guerra sobrevolaba sobre los jóvenes, convirtiéndose en una referencia tácita de las conversaciones que, sin embargo, nadie mencionaba.

Bajaba el sol cuando se separaron y, antes de dirigirse a la base, Beto y Willy caminaron un buen rato por la costanera, según se habían acostumbrado a hacerlo.

-¿Volveremos? -preguntó Beto, abordando finalmente el tema eludido hasta el momento.

-Vaya uno a saber. Eso lo resuelve Dios. No hay reglas que establezcan quién cae y quién vuelve de una guerra. Yo creo que volveremos. Y que la guerra nos permitirá tener algo de qué hablar para el resto de nuestras vidas.

-¿Vos te sentís impulsado por el patriotismo?

-A decir verdad me siento impulsado por el deber.

-¿Por el deber de defender a la patria?

-Algo así.

Uno de sus guardianes le informó a Gustavo:

-Vengo a buscarte para que lo veas a Robacio.

Por todo el cuartel se había corrido la noticia referida a la solicitud de Gustavo en el sentido de que se le permitiera ir a Malvinas. Y todos se interrogaban respecto a la suerte que podría correr ese pedido. De modo que, cuando alguno lo vio dirigirse bajo custodia al despacho del comandante, dedujo enseguida de qué se trataba.

El despacho estaba sobriamente decorado con motivos navales. El escudo del BIM 5, que exhibe una serpiente de mar, gallardetes de otras unidades, fotografías de buques de guerra firmadas por sus respectivas planas mayores, distinciones ganadas en diversos certámenes, una

imagen de María *Stella Maris*, un mapa de la República incluyendo Malvinas, Georgias, Sandwich y la correspondiente cuña antártica.

Detrás de su escritorio estaba Robacio, con uniforme de fagina. Era un hombre más vale menudo, de aspecto simpático, bigotes y mirada franca. Gustavo se cuadró ante él.

-Descanse. Usted dirá por qué quiere verme.

Siempre de pie, pues no le habían indicado que pudiera sentarse, dijo Gustavo:

-Señor, usted sabe que me están juzgando por insubordinación.

-Sí, lo sé.

-Y yo quisiera que, sin perjuicio del trámite del juicio, se me permita marchar con el Batallón en caso de tener que pasar éste a combatir en las Malvinas.

-Pedido denegado, usted ha cometido un acto grave y no es digno de pelear por la patria.

Eso fue todo. Requerida la presencia del custodia, el prisionero fue devuelto al calabozo.

-¡Maldita sea!- estalló Gustavo cuando lo dejaron solo. - ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! Y yo que lo había pensado tan bien.

También Robacio se había quedado considerando el asunto. Y no estaba del todo conforme con su decisión.

-Es cierto- se decía –Es un procesado por una falta grave de disciplina. Golpeó a un superior hasta hacerlo sangrar durante un ejercicio. Permitirle a un hombre que ha hecho eso participar junto a sus compañeros en una honrosa acción de combate constituye un pésimo ejemplo... Pero no me gusta denegar un pedido fundado en nobles razones patrióticas ¡qué diablos!

Pasaron las horas. Gustavo maldiciendo por el fracaso de su plan de venganza y Robacio analizando si su decisión había sido acertada o no. Por fin llamó a su asistente y le ordenó que trajeran nuevamente a Gustavo.

Se cuadró éste otra vez ante el superior. Que dijo:

-Me las he pasado dándole vueltas a su caso. Todo lo que le dije es cierto y, en realidad, no he hallado nuevos elementos para encararlo de otro modo. Pero no seré yo el que frustré la decisión patriótica de un subordinado que quiere pelear por su país. De manera que, a partir de este momento, quedará usted en libertad provisoria hasta que tenga fin la crisis que enfrenta a la Argentina con Gran Bretaña. Ocupará el mismo puesto que tenía en la sección donde revistaba y pasará a las islas si el Batallón es trasladado a ellas, cosa muy probable. Superada la crisis y vuelto el BIM 5 a su asentamiento se seguirá con su juicio. Yo me encargaré de que se instrumente debidamente esta decisión. Está usted en libertad. Puede retirarse.

-Gracias, señor.

Capítulo 6: EN EL ARCHIPIÉLAGO

Se dice con razón que la primera víctima en una guerra es la verdad. Y es razonable que así suceda ya que la información resulta un arma, que los contendientes emplean como las demás a su disposición. Particularmente en los tiempos modernos, dada la enorme importancia adquirida por los medios de comunicación. En una palabra, que la información y la desinformación juegan un papel capital en las contiendas actuales.

Debido a ello, las noticias referidas a lo realmente ocurrido en las Malvinas a partir del desembarco ni abundaban ni resultaban del todo confiables. Pero, de cualquier modo, pronto se conocieron las líneas generales de lo acontecido en el archipiélago a partir del 2 de abril de 1982.

Se supo que fuerzas argentinas controlaban Port Stanley, que el edificio de la gobernación había sido ocupado luego de breve lucha y que las autoridades coloniales y la guarnición inglesa serían despachadas hacia Montevideo. También se supo, poco después, que no hubo víctimas entre los británicos pero que, en cambio, habían sido heridos un suboficial y un oficial argentinos y muerto un oficial. Cuyo nombre llegó rápidamente a Río Grande, pues se trataba de un infante de marina, el capitán de corbeta Pedro Giacchino.

Más tarde se conocieron también las palabras pronunciadas por el almirante Büsser, como respuesta a

la orden que le impartiera el gobernador inglés de retirarse de las islas. Dijo Büsser:

Desembarcamos en la misma forma en que ustedes lo hicieron en 1833 y mis órdenes son desalojarlo a usted y a las tropas británicas para restituir el territorio a la soberanía argentina.

El pabellón nacional ondeando en las Malvinas vino a confirmar que el objetivo había sido cumplido.

Pronto se supo que, tal como se presumía, el BIM 5 sería trasladado a las Malvinas. Encargado de la compleja operación fue el teniente Salas. Que contó para ello con los aviones *Fokker* y *Electra* de la Armada. Los cuales, despojados de sus asientos fueron abarrotados con víveres y armamento de la unidad, entre los cuales se acomodó al personal de la misma. El 8 de abril los aviones fueron despegando de la pista de Río Grande con destino a Port Stanley. En uno de los *Fokker* viajó la sección de Muñoz y, con ella, el reconstituido grupo de *Los tres Mosqueteros*, es decir Gustavo, Beto y Willy.

La mañana era luminosa y el vuelo hasta el archipiélago fue tranquilo. Cuando el avión empezó a perder altura los infantes se agolparon en las ventanillas para tener una primera visión de las Malvinas. Cuyo perfil pronto pudieron observar a través de un desgarrón de las nubes.

Las costas de la Gran Malvina aparecían ceñidas por una orla de espuma, a partir de la cual se extendía la irregular superficie insular, donde predominaba el verde de la turba, salpicado por rocas que se elevaban en colinas grises de alturas variadas.

Por cuanto el cielo estaba aún libre de aviación británica, el *Fokker* discurrió apaciblemente sobre los paisajes de las islas, superó el Estrecho de San Carlos y puso proa hacia Port Stanley, que todavía no se llamaba Puerto Argentino, según lo denominaría más tarde la Academia Argentina de la Historia. Lo sobrevoló a baja altura, de manera que sus pasajeros pudieron advertir claramente las casitas de madera con techos de colores vivos que se alineaban a lo largo de calles pavimentadas, separadas a veces de la banquina por pequeños jardines bien cuidados. Lo que no podían apreciar los pasajeros del avión era el desconcierto ocasionado en el tránsito por el cambio de mano dispuesto por las flamantes autoridades argentinas. Alcanzada la península donde está asentado el aeropuerto, la máquina tomó tierra en la pista. Junto a ella se amontonaba material de guerra que, con alguna frecuencia, descargaban los *Hércules* de la Fuerza Aérea.

Una vez desembarcado el personal del Batallón resultó preciso abocarse de inmediato a descargar su equipamiento, operación compleja que, además, debía realizarse con rapidez.

-Me parece estar viviendo una película- comentó Beto mientras trabajaba en la descarga.

-Sí, una película de guerra- completó Willy.

-Recemos para poder ver el final.

Fueron varios los vuelos de ida y vuelta realizados desde Río Grande. Llegado en el último de ellos los integrantes del BIM 5 cargaron con sus equipos, provisiones y armamento, poniéndose en movimiento para llegar a las

alturas donde tendrían que organizar sus posiciones. La marcha se realizó mientras la tropa entonaba aquello de:

Si el Bim Cinco va a la lucha

ya verán lo que es pelear

se los puedo asegurar

¡la gran pucha!

Ya en campaña, el suboficial Muñoz estaba en su elemento. Incansable, daba órdenes y procedía por sí mismo para realizar las múltiples tareas que impuso el arribo a Port Stanley y la marcha hasta el monte Tumbledown, donde el Batallón debía desplegarse. Si bien su ejercicio de la autoridad llegaba a ser decididamente molesto, nadie podría negar la eficacia de su desempeño. Salvo Gustavo, que no estaba dispuesto a reconocerle nada positivo y cuyas ansias de venganza parecían haberse acrecentado ante la multiplicada exigencia de Muñoz.

Como el tiempo seguía siendo bueno, el panorama que se ofrecía a la vista de los Infantes continuaba siendo atractivo. Sobre todo cuando algún tímido rayo de sol perforaba las nubes grises.

Alcanzada la llamada “cresta militar” llegó el momento de organizar la posición. Cosa que, en primer lugar, suponía cavar los pozos que debían albergar a los defensores cuando fueran atacados. Posibilidad que parecía remota

en aquella jornada apacible, con horizontes donde resultaba difícil imaginar la futura presencia del enemigo.

Gustavo cavaba despaciosamente el pozo que lo albergaría cuando se le acercó Muñoz y le gritó:

-¡Apúrese que no cuenta con todo el tiempo del mundo!
¡En algún momento recibiremos fuego enemigo y cuanto más hondo sea su pozo mejor protegido va a estar usted!

Masticando rabia, Gustavo lo maldijo por lo bajo.

La primera noche a la intemperie les resultó a los infantes novedosa y menos desagradable de lo que habían supuesto. Los paños de carpa los ponían a cubierto de una llovizna que empezó después de ponerse el sol y el fondo de los pozos aún no se había llenado de agua. Ya cambiarían las cosas.

Pues, en efecto, a partir de la mañana siguiente el tiempo desmejoró, empezando a parecerse al que es más habitual en las islas: cielo cubierto, garúas heladas, viento cortante. Cuyas consecuencias eran ropas húmedas, pies mojados y barro en el fondo de los pozos.

La tropa no se había hartado aún de las raciones de campaña y también llegaba comida caliente desde las cocinas (las *morochas*) situadas a retaguardia, cerca de donde se habían emplazado los morteros de la unidad. *Los Tres Mosqueteros* ocupaban pozos próximos. Y, no obstante el riguroso entrenamiento que Muñoz obligaba a practicar, sobraba tiempo para conversar sobre temas vinculados, habitualmente, con la guerra y la familia ausente.

-¿Vos creés que pueda justificarse la guerra?- preguntó Beto durante una de esas charlas con ribetes filosóficos. La pregunta estaba dirigida a sus amigos y a sí mismo. Willy, el más reflexivo de ellos, ensayó una respuesta.

-Mirá- dijo.-La guerra es un castigo divino. Si leen ustedes la Sagrada Escritura comprobarán que uno de los premios que Dios prometía a su pueblo en ciertas oportunidades era la paz, una paz duradera. La guerra es realmente una calamidad. Pensar que hombres que no se odian puedan acometerse buscando herirse y matarse es bastante inconcebible. Herirse, matarse y, además, destruir las riquezas de otra nación hasta hacer pasar hambre a sus habitantes es algo tremendo. Tanto que, si se fijan un poco, los primeros que tratan de evitar las guerras son los militares, que conocen, al menos teóricamente, los desastres que acarrear. Sin embargo...

Sin embargo, a veces la guerra resulta inevitable. Porque existen valores que hay que defender, aunque se tenga que pagar por ello un precio muy alto. Los que han estudiado el tema llegaron a la conclusión de que existen guerras justas y guerras que no lo son. Las guerras justas deben librarse, siempre que sus consecuencias no sean peores que la injusticia que tienden a remediar. Así, los sacrificios que realicen los combatientes tienen un valor enorme y merecen la gratitud y admiración de sus compatriotas. No es lo mismo ser pacífico que ser pacifista.

-¿Y en qué consiste la diferencia?

-Un hombre pacífico es aquel que no busca pendencia pero que, llegado el caso, es capaz de pelear por una causa justa, jugándose valientemente la vida. El pacifista

suele ser un cobarde, que elude el combate por miedo, disfrazando ese miedo con declamaciones altruistas.

-¿Vos creés que esta guerra que vamos a sostener con Inglaterra es una guerra justa?

-No lo sé, no soy moralista. Aunque sí sé que la Argentina tiene razón en este asunto, que fue despojada de las Malvinas por los ingleses sin que alegaran derecho alguno. Y que se ha pasado años reclamando lo que es suyo sin éxito. Yo no estoy en condiciones de juzgar si este era o no el momento más oportuno para intentar recuperarlas. Tampoco sé si los ingleses van a venir o no y, en su caso, tampoco sé si podemos ganarles. De lo que estoy seguro es de que este territorio es nuestro y de que nos fue arrebatado injustamente. Pienso entonces que alguna vez debíamos tratar de recobrar lo que nos pertenece.

-¿Y no será una jugarreta del gobierno para afirmarse políticamente, en momento en que afronta dificultades?

-Yo no tengo la información necesaria para saberlo. Me han dicho sin embargo que nuestro jefe, el almirante Anaya, siempre soñó con la posibilidad de poner fin a la usurpación británica, de modo que su decisión de cumplir ese sueño patriótico no es producto de un mezquino cálculo político. Y la verdad es que, pase lo que pase, hoy el mundo se ha enterado del reclamo argentino respecto a las islas que, hasta ahora, era prácticamente ignorado por la comunidad internacional.

-Bien, muchacho- respondió Beto. –Si ya me sentía orgulloso de estar aquí, me has dado buenas razones para justificarlo.

Gustavo, en cambio, no pudo menos que sentirse algo avergonzado.

Pronto se agregaron al BIM 5 algunos elementos sumamente estimables: una fracción de Ejército; un capellán, que era el padre Cantalicio Sosa; y otro oficial de Infantería de Marina que no estaba en Río Grande, el teniente Carlos Daniel Vázquez. Vázquez tomó el mando de la sección en que se desempeñaba Muñoz, pasando a ser el jefe inmediato de Gustavo, Beto y Willy.

Mientras tanto, la Fuerza de Tareas enviada por Gran Bretaña avanzaba hacia las Malvinas y se sucedían febriles gestiones diplomáticas. La Comunidad Económica Europea dio su apoyo a Inglaterra; varios países hispanoamericanos, especialmente Perú, Venezuela y Panamá a la Argentina. Chile se mostró reticente y terminaría por apoyar a los ingleses. Lo cual no impidió que el canciller Jarpa Reyes declarara públicamente: “Queremos expresar al pueblo argentino que tiene sus espaldas bien guardadas por una firme y leal actitud de Chile”. Alexander Haig, secretario de Estado norteamericano, ofició de mediador entre el gobierno inglés y el argentino, volando varias veces a Londres y Buenos Aires. Quedaría demostrado, sin embargo, que su misión había consistido fundamentalmente en ganar tiempo para facilitar la aproximación de la flota británica al lejano teatro de los hechos. Por pedido argentino se reunió la OEA (*Organización de Estados Americanos*) que por mayoría apoyó a la Argentina.

A mediados de abril el país obtuvo dos versiones directas del poderío de la flota enviada por Gran Bretaña hacia el sur. Una la brindó un avión de pasajeros Boeing 707, utilizado por la Fuerza Aérea para realizar un reconocimiento a larga distancia. La otra fue fruto de una operación de inteligencia, consistente en la aproximación a los buques ingleses de pesqueros que incluían oficiales argentinos mezclados entre sus tripulantes. Pudo así establecerse que Inglaterra había reunido la mayor fuerza naval de que dispusiera desde la Segunda Guerra Mundial. La misma llegó a contar con más de cien unidades que incluían un par de portaaviones, un crucero, decenas de fragatas y destructores, varios submarinos nucleares, barreminas, buques hospital, transportes y gran cantidad de naves auxiliares.

Una fracción de esa escuadra se desvió hacia las Georgias, recuperándolas para la corona el 25 de abril,

Y, a las 4,30 del 1° de mayo estalló la primera bomba en Port Stanley que, a esta altura de los sucesos, ya había sido rebautizado *Puerto Argentino*.

-¿Te parece acertado haberle puerto *Puerto Argentino* a *Port Stanley*?- le preguntó cierta tarde Beto a Willy.

-El nombre no es muy imaginativo. Yo le hubiera puesto *Puerto Soledad*, como se llamó antiguamente la capital de las islas..

-¿Y por qué no *Gaucha Rivero*, que parece que fue el primero que se alzó contra los ingleses, poco después de que éstos se apoderaron de las Malvinas?

-Porque Rivero fue un cachafaz, al que no impulsaron motivos patrióticos.

-¿Cómo fue la cosa?

-Sucedió que Vernet, titular de una concesión del gobierno nacional sobre las Malvinas, pagaba a su gente mediante vales que habilitaban para retirar mercaderías del almacén de Puerto Soledad. Y el capitán Onslow, que ocupó las islas en nombre de Gran Bretaña en 1833, a fin de ganar voluntades anunció que los pagos se realizarían en moneda corriente de plata y que autorizaría a los colonos para capturar en beneficio propio hacienda cimarrona que pastaba campo afuera. Ninguna de esas promesas se cumplió y, por tal motivo, ya alejado Onslow, se inició una revuelta feroz, protagonizada por tres peones y cinco o seis indios, capitaneados todos por uno de aquéllos, Antonio Rivero.

En una mañana de agosto del 33 los revoltosos, “armados con fusiles, sables, puñales y cuchillos”, según contaría un testigo, iniciaron una ronda trágica, asesinando a varios vecinos, entre ellos funcionarios de Vernet, y saqueando sus casas. El resto de la población se refugió en las colinas próximas.

Al poco tiempo llegó otro buque inglés, la fragata *Challenger*, que desembarcó fuerzas para apresar a Rivero y los suyos. Después de una pelea entre los integrantes del temible grupo, en la que uno de ellos resultó muerto, Rivero negoció su rendición y se entregó, pidiendo clemencia a los ingleses. Presos todos, fueron remitidos a Río de Janeiro, donde el encargado de la estación naval británica realizó una investigación de los sucesos y envió los detenidos a Inglaterra para ser juzgados. Allí no quisieron complicarse la vida y los embarcaron de vuelta, siendo liberados en Montevideo.

Como ves, no parece que la revuelta de Rivero estuviera movida por razones patrióticas sino, exclusivamente, por mezquinos motivos económicos. Contándose entre sus víctimas dependientes de Vernet, oportunamente designado gobernador de las islas por el gobierno argentino.

Capítulo 7: COMIENZA LA GUERRA

Beto estaba de guardia cuando el aeródromo de Puerto Argentino fue objeto del primer ataque británico. Hasta las alturas de Tumbledown llegó, mitigado y en rápida sucesión, el estruendo de veinte bombas que un avión *Vulcan* dejó caer con intención de inutilizar la pista. Propósito que no se cumplió pues sólo una mordió el borde de ella, sin que resultara afectada su operabilidad. Si bien los argentinos, a fin de confundir al enemigo, dibujaron varios impactos a lo largo de su extensión. El coronel Seineldín, un hombre de fe, había colocado una imagen de la Virgen en la cabecera y se atribuyó a la protección divina que, durante todo el conflicto, el aeropuerto permaneciera utilizable.

Avanzaba la estación y los buques ingleses sufrían las consecuencias de permanecer en alta mar con mal tiempo. También sufrían los defensores en sus posiciones, sometidos a las inclemencias del clima y a la tensión de la espera.

Ante el progreso de una gestión de paz que realizaba el presidente peruano Belaúnde Terry, Margareth Thatcher resolvió consumar un hecho que diera fin a cualquier intento de solución pacífica, ordenando al comandante del submarino nuclear *Conqueror* que torpedeara al crucero argentino *General Belgrano*, al cual perseguía sigilosamente desde días atrás.

El crucero había abandonado la *zona de exclusión* establecida por Gran Bretaña en torno a las islas, después de penetrar en ella para participar de la gran batalla

aeronaval que estaba previsto librar para jugar la suerte de la guerra a todo o nada. Pero ocurrió que, contemporáneamente al momento en que debía entablarse la misma, una circunstancia imprevista obligó a postergarla. Por cuanto el portaaviones argentino *25 de Mayo* era una nave relativamente chica y, para que los aparatos que transportaba pudieran despegar con carga completa, resultaba necesario que contaran con suficiente viento en contra a fin de abandonar la breve cubierta del buque. Y, cosa excepcional en el Atlántico Sur, aquel día no hubo viento.

Tal batalla nunca llegaría a producirse pues, luego de comprobar que Inglaterra estaba recibiendo información satelitar de los Estados Unidos y que tropas chilenas tomaban posición en la frontera para invadir la Patagonia, el mando argentino resolvió poner a cubierto la flota en Puerto Belgrano.

Ese era el motivo que llevó a que el *Belgrano* se estuviera replegando cuando fue hundido por el *Conqueror*. Junto con el viejo crucero se hundió el plan de paz de Belaúnde Terry.

Cierta mañana, poco después, al difundirse la claridad del día un espectáculo impresionante se ofreció a la vista de los hombres del BIM 5: varios buques de guerra, en columna, se acercaban a la costa de las islas. Al observarlos, uno de los muchachos pegó el grito:

-¡Miren, miren los yates!

Pronto quedó en claro el poderío de aquellos “yates”. Viraron hasta ponerse de través y, enseguida, quedaron

envueltos por el humo de sus cañones mientras, transcurridos unos instantes, llegó hasta las posiciones argentinas el rugido de la artillería. Antes que ello ocurriera, reaccionó Muñoz ordenando:

-¡Cubrirse! ¡De cabeza a los pozos!

Cada uno de los infantes se zambulló en el pozo que tenía más cerca, algunos quedaron uno encima del otro en el intento de resguardarse. Salvo el propio Muñoz que, sin alterarse, recorría caminando el terreno para comprobar que el personal cumplía sus órdenes. A más de uno le pateó el casco para que no superara el nivel del suelo. Todo ello en medio de las explosiones que sacudían el área, precedidas por la que producía el disparo que, amortiguada, las anunciaba.

Aunque Gustavo había aprendido que jamás se oye el silbido del proyectil que le está destinado a uno, no dejaba de impresionarle escuchar tales silbidos, anticipando el estallido inminente. Surtidores de tierra y piedras florecían por doquier. Volaban las esquirlas y temblaba el piso a causa de los impactos. Y, en medio de aquel infierno, Muñoz seguía recorriendo el sector, velando por sus hombres y observando las naves enemigas.

Finalmente, así como habían llegado, los buques se retiraron en columna. Ya no volverían a aproximarse a la luz del día, porque los aviones de la Fuerza Aérea argentina se encargarían de evitarlo. Como saldo del ataque, el BIM 5 sufrió un muerto y tres heridos.

Gustavo nunca había visto el cadáver de una persona fallecida por muerte violenta. Cosa que le impresionó profundamente, particularmente porque se trataba de un compañero, con el cual había convivido durante largos meses. En cuanto a los heridos, sólo habían sufrido lesiones leves.

Los hombres de sanidad actuaron rápida y eficazmente. Y un grupo se reunió en torno al muerto, que Muñoz había hecho cubrir con su manta.

-Bueno, esto es la guerra- comentó Willy en voz baja.

-Así es- corroboró Beto.

-Ahora, la muerte ha dejado de ser para nosotros algo abstracto, impersonal y lejano- agregó Willy.- Es una posibilidad cierta. Aunque, al menos, una posibilidad con un motivo. Peor sería morir en un accidente estúpido.

Muñoz despojó al muerto de sus pertenencias y las puso a buen recaudo, para hacérselas llegar a su familia. Entre ellas resultó conmovedor hallar un rosario blanco y la fotografía ajada de una chica rubia. Después, dos camilleros se llevaron el cuerpo monte abajo, para hacer entrega del mismo en Puerto Argentino.

A partir de aquel primer ataque, los mismos se volvieron rutinarios. Buques ingleses se acercaban de noche para retirarse con las primeras luces del día. Y se colocaban fuera del alcance de la artillería propia, que contaba apenas con dos cañones SOFMA de 155 milímetros, capaces de disparar a mayor distancia que las baterías emplazadas en torno a Puerto Argentino.

Si bien el fuego naval producía escasos daños materiales, afectaba profundamente el ánimo de los defensores. Que debían permanecer horas y horas a cubierto, metidos en pozos embarrados, con los borceguíes húmedos y el oído atento al silbido de los proyectiles, a la posterior explosión y formulándose la pregunta tácita, referida a cuál sería el que les estuviera destinado.

Pronto, al fuego naval se sumaron los ataques aéreos, a cargo de los *Harrier* asentados en el *Hermes* y el *Invincible*, los portaaviones destacados por Gran Bretaña en el Atlántico Sur. Aunque lo habitual era ponerse a cubierto ante esos ataques, alguna vez eran respondidos con fuego de ametralladora o disparos concentrados de fusilería que, en más de una ocasión, produjeron averías en los aparatos atacantes.

-Espero que los ingleses se vengan de una buena vez- comentó Willy. –La espera me mata y les diría que hasta tengo ganas de entrar en combate.

-A mí me pasa lo mismo- contestó Beto.

-Y a mí- agregó Gustavo, aunque sus motivos eran francamente diferentes a los de sus amigos.

Avanzaba la estación y los barcos británicos sufrían las consecuencias de permanecer en alta mar con mal tiempo. También sufrían los defensores en sus posiciones, machacadas por la artillería británica. A las cuales había llegado la noticia del hundimiento del crucero.

-Nos vamos a topar nomás- comentó Willy al conocerla. – Después del ataque al crucero me parece que no hay negociación posible.

-Habrá que devolver el golpe- sentenció Beto.

Y su comentario se hizo realidad pues, el 4 de mayo, aviones navales argentinos hundieron al *Sheffield*, modernísima unidad de la flota inglesa que fue alcanzada por un misil *Exocet*. La aparición de este misil francés causó sensación en el mundo y ocasionó la mayor preocupación al mando británico pues podía decidir el curso de la guerra. Cosa que no sucedió porque la Argentina sólo poseía 5 de esos misiles y el bloqueo de suministros bélicos dispuesto por la comunidad internacional impediría al país adquirir más.

Más de una vez, desde las posiciones del *BIM 5* pudieron observarse combates aéreos librados entre los *Harrier* ingleses y los *Skyhawk* argentinos. En una oportunidad uno de éstos fue derribado pero su piloto logró eyectarse, siendo rescatado del mar por un helicóptero.

El 21 de mayo Gran Bretaña inició el desembarco, haciendo pie en una pequeña playa del Estrecho de San Carlos.

Capítulo 8: COMBATES Y BATALLAS

No le resultó fácil a Inglaterra consolidar su cabecera de puente en San Carlos. Pues, advertido el desembarco, la aviación argentina empezó a atacar furiosamente a las fuerzas que hacían pie en la estrecha playa. Tanto fue así que los ingleses pasaron a denominar aquel sector como *El Callejón de las Bombas*. Pronto, las fuerzas desembarcadas se dividieron en dos columnas. Una se dirigió hacia Darwin, el istmo que une las dos fracciones de tierra que conforman la Isla Soledad. La otra inició su marcha hacia Puerto Argentino.

En la mañana de aquel domingo desapacible, el padre Sosa celebró misa para el BIM 5. Se improvisó el altar junto a un peñasco que lo protegía del viento y buena parte de los efectivos se agruparon en torno al mismo. También Gustavo, aunque no se le escapaba la incongruencia que implicaba su asistencia al santo oficio y la decisión de venganza que lo había llevado a Malvinas. Consciente de lo cual se abstendría de comulgar.

Uno de los efectos inesperados de la guerra fue un refloreCIMIENTO del sentimiento religioso en la población. Por un lado, en el continente los templos se llenaron de fieles que pedían a Dios la victoria o una paz decorosa; y, en las islas, el rosario blanco al cuello se transformó en un símbolo que distinguió a los soldados argentinos.

De pie en torno al celebrante, con el casco puesto por indicación de éste, los integrantes del batallón participaban de la ceremonia con atención y, en muchos

casos, con emoción contenida. Previo a comenzar la misma, el padre Sosa había oído en confesión a buena parte de los presentes. Su sermón fue breve y, aproximadamente, dijo:

Hijos míos: ustedes y yo nos encontramos hoy aquí impulsados por un honroso deber: ustedes para defender a la patria y yo para servir a Dios asistiéndolos en este cometido histórico. Ustedes y yo trataremos de cumplir lo mejor posible con nuestras obligaciones. Tienen por delante a un enemigo, al cual deberán combatir con bravura. Sin embargo, han de procurar no albergar odio contra él en sus corazones. La bravura no supone odio. Pediré al cielo por ustedes y por la justa causa por la que combaten. Pediré a Nuestra Señora de Luján por ustedes, por sus familias y por la patria argentina.

Apenas concluyó el sacerdote la homilía se oyó en lo alto el zumbido del motor de un avión. Se trataba de un *Harrier* británico pero nadie se movió de su sitio. El avión hizo un círculo bajo las nubes y se precipitó sobre los asistentes a la misa. Que, como obedeciendo una consigna, siguieron sin moverse. El avión siguió de largo. acompañaado por el rugido decreciente de su turbina.

Ven, hijos míos, Dios ha oído mis palabras.

La columna destacada por los británicos en dirección a Darwin entró en batalla con las fuerzas que, ausente inexplicablemente el general Parada, quedaron a cargo del teniente coronel Piaggi. La lucha fue encarnizada y murió allí el teniente coronel Jones, jefe de los paracaidistas ingleses, imponiéndose finalmente Gran

Bretaña. El enfrentamiento pasó a ser conocido como la batalla de *Goose Green* o *Pradera del Ganso*.

La otra columna avanzó a campo traviesa hacia la capital sin hallar resistencia pues, habiéndose quedado los argentinos sin helicópteros, no pudieron valerse de ellos para interponer tropas en su camino, debiendo contentarse con esperarlos en torno a Port Stanley. Dicha columna incluía carros de asalto *Scorpion* y *Scimitar* desembarcados en San Carlos.

Los Tres Mosqueteros tenían buena relación con el teniente Vázquez, a cargo de su sección. El cual, sin desautorizarlo, había contenido un tanto el duro ejercicio de autoridad que practicaba Muñoz. Cosa que no alcanzó para apagar la decisión vengativa de Gustavo, quien aguardaba impaciente el comienzo de las acciones para, en el fragor del combate, liquidar al suboficial.

Concluida la misa, los tres amigos conversaban con Vázquez, que les comentó:

-La actitud del piloto inglés, mientras estábamos en misa, me hace acordar a la que otro de ellos tuvo cuando el entierro del *Barón Rojo*, durante la guerra del catorce.

-Cuenta, señor.

-El *Barón Rojo* fue la estrella de la aviación alemana en la primera guerra mundial. Se llamaba Manfred Von Richthofen y su apodo obedecía a que había pintado de colorado su aparato triplano para poner en evidencia que de ningún modo deseaba disimularse ante el enemigo, que lo temía y respetaba. Llegó a derribar 80 aviones ingleses en combates aéreos. Pero, finalmente, lo voltearon y murió al estrellarse su avión contra el suelo.

Sus camaradas resolvieron enterrarlo en las proximidades de una base germana y, cuando el cortejo se dirigía al cementerio, apareció un avión británico que sobrevoló el cortejo a baja altura. Cuando los camaradas de Von Richthofen esperaban que abriera fuego sobre ellos y buscaban cómo ponerse a cubierto, el aviador enemigo dejó caer una corona de flores, retomando altura rápidamente. Pienso que hoy, el piloto que no quiso disparar sobre nosotros durante la misa demostró ser un digno sucesor de aquel que rindió su postrer homenaje al *Barón Rojo*.

-Así es- murmuró Harry. –El trámite tremendo de la guerra no excluye hermosos gestos. Claro que éstos son la excepción. ¿Qué sabe usted, señor, respecto a que los gurkhas les corten la cabeza a los prisioneros argentinos después de apresarlos?

-Los gurkhas son mercenarios nepaleses cuyo equipo incluye una espada algo curva, afiladísima, de uso corriente en su tierra. Y dicen que con ella decapitan a sus enemigos. Tengo entendido, sin embargo, que prácticamente no la utilizan y que, en todo caso, le habrían cortado la cabeza a algún cadáver para confirmar la leyenda de su ferocidad. Vean, muchachos, entre las tropas inglesas que vinieron a Malvinas se cuentan gurkhas y también, por ejemplo, los Guardias Escoceses. Un gurkha me llega a mí al hombro y yo le llevo al hombro a un Guardia Escocés. Así que prefiero pelear contra un gurkha que contra un Guardia Escocés ¿estamos?

-Estamos.

La tensión de la espera aumentaba en los defensores de Puerto Argentino, los del BIM 5 entre ellos. El clima variable de las islas combinaba lluvias, lloviznas, neblinas y vientos helados, con algunas jornadas casi agradables en que el sol asomaba entre las nubes, poniendo pinceladas doradas en las verdes turberas y los pedregales grises.

Los ingleses realizaron otro desembarco, esta vez en Bahía Agradable, donde recibieron intenso castigo por parte de la aviación argentina, perdiendo dos portacontenedores y una fragata. Tanto fue así que la jornada sería bautizada por aquéllos como *el día más negro de la flota británica*. Otro portacontenedor, el *Atlantic Conveyor*, resultó hundido con su valiosa carga por el capitán Kurilovic, que empleó para ello uno de los últimos misiles *Exocet* con que contaba el país. Al último se lo utilizó en un ataque combinado entre la Fuerza Aérea y la Aviación Naval contra el portaaviones *Invincible*. La suerte corrida por éste constituye quizá el último enigma sin develar con relación a la Guerra de Malvinas.

Dos aviones navales *Super Etendard* y cuatro *Skyhawks* de la Fuerza Aérea participaron de la operación. Establecida la ubicación del buque y después de un extenso rodeo, que incluyó varios reabastecimientos en el aire, los radares de la escuadrilla capturaron la presencia del mismo, contra el cual uno de los *Super Etendard* lanzó el misil, cuya trayectoria acompañaron los cuatro *Skyhawks*. Cumplida su tarea, los pilotos navales iniciaron el regreso; dos de los de Fuerza Aérea fueron derribados antes de llegar al blanco; los otros dos observaron al barco cubierto de humo y descargaron

contra él sus bombas y cañones completando la misión. Los ingleses niegan todavía que el *Invencible* haya sido alcanzado. Los argentinos lo afirman.

En apoyo de su negativa, aquéllos sostienen que, contando el portaaviones con una tripulación muy numerosa, el secreto no pudo haber sido guardado durante tanto tiempo. Señalan, además, que el buque volvió a Inglaterra, donde llegó mucho después que el resto de la flota pero llegó.

Por su parte, los argentinos apuntan que tanto el príncipe Andrés como un enfermero transexual que estaban a bordo, comentaron el ataque en declaraciones públicas. Y, respecto al regreso del buque a Gran Bretaña, informan lo siguiente:

Con motivo de conceder la explotación de petróleo, extraído del fondo del mar adyacente a Malvinas, las compañías que participaron de la licitación solicitaron un plano detallado, donde figuraran los llamados *cementerios marinos*, es decir los barcos hundidos en la zona durante la Guerra de Malvinas y la Primera Guerra Mundial.

Inglaterra entregó el plano pedido, donde aparecen el nombre del buque hundido, la fecha del hundimiento y un puntito rojo que señala el lugar preciso en que éste se produjo. Hasta aquí nada extraño. Pero ocurre que, en el sitio donde fue atacado el portaaviones, sólo aparece el puntito rojo, sin mención del barco hundido ni fecha del hundimiento.

Queda todavía en pie uno de los argumentos británicos. Que consiste en que, aunque con gran retraso, la nave

volvió finalmente a Inglaterra. Argumento que rebaten los argentinos observando que el *Invincible* contaba con dos portaaviones gemelos: el *Illustrious* y el *Ark Royal*, cualquiera de los cuales bien pudo suplantar al que operó en Malvinas. Los ingleses, por otra parte, han establecido un plazo de 90 años para revelar algunos datos referidos a la guerra del 82. Se cuenta entre ellos la suerte corrida por el *Invincible*.

La fuerza que avanzaba desde San Carlos alcanzó finalmente las proximidades de Puerto Argentino. Y se lanzó a la conquista de las distintas alturas próximas al mismo: los montes *Kemt*, *Harriet*, *Dos Hermanas*, *Longdon*, *Wireless Ridge*, *Williams* y *Supper*. Los integrantes del BIM 5 oían desde sus posiciones los cañonazos y el fuego de morteros, ametralladoras y fusiles que acompañaban los enfrentamientos. De noche, aquello era una sinfonía de bengalas y balas trazantes que desgarraban las tinieblas. El último asalto se dirigiría contra *Tumbledown*.

Allí esperaban los efectivos del BIM 5. La fracción más avanzada de ellos era la comandada por Vázquez, secundado por el suboficial Muñoz e integrada, entre otros, por Gustavo, Beto y Willy. Cada uno de ellos estaba metido en su pozo y el de Vázquez ocupaba el centro de la posición.

Capítulo 9: LA VENGANZA DE GUSTAVO COSTA

Hacia las once de la noche comenzó el ataque inglés, mediante un intenso fuego de artillería efectuado por piezas de campaña, morteros, cañones de los carros blindados y ametralladoras 12,7. Al que se sumaron los proyectiles de un buque que se aproximó a la costa para machacar *Tumbledown*.

Los hombres del BIM 5 respondían con sus ametralladoras, sus FAP, sus FAL y sus morteros ubicados detrás de la primera línea. Y lo hacían guiados por los fogonazos del fuego enemigo. Gustavo volvió a decirse:

-Esto sí que es la guerra.

Sí, aquello era la guerra en su más plena expresión. Pero Gustavo tenía la extraña sensación de resultar invulnerable. Disparaba considerando, subconscientemente, que allí, metido en su pozo, tras el pequeño talud que circundaba la boca del mismo, no podía ser alcanzado por los proyectiles que zumbaban como mangangás cerca suyo, haciendo saltar fragmentos de roca. Alumbrados por las bengalas veía saltar a los soldados británicos, cuando, en su avance, abandonaba el abrigo de una piedra para zambullirse detrás de otra.

Llegó un momento en que el enemigo estaba metido en las posiciones argentinas, librándose el combate cuerpo a cuerpo, con puñales y bayonetas. Fue entonces cuando Vázquez, por radio, pidió que los morteros del batallón dispararan sobre ellos. Le obligaron a reiterar tal pedido. Y sólo después de insistir Vázquez los proyectiles del 81 empezaron a caer sobre la sección a sus órdenes.

Ante tan inesperado ataque los ingleses vacilaron. Permitiendo un contraataque que los hizo retroceder para ponerse a cubierto.

Gustavo fue uno de los que, abandonando la seguridad de su pozo, se lanzó hacia adelante disparando con el FAL desde la cadera. Sin olvidar su venganza, miró en torno sin poder divisar a Muñoz, que se batía fieramente algo más lejos, a su izquierda.

Alejados los ingleses, volvieron los defensores a ocupar sus puestos, mientras un manto de silencio bajaba sobre el cerro, iluminado de vez en cuando por la pálida luz de una luna declinante.

Los camilleros cumplieron su esforzada tarea retirando heridos. Varios pozos estaban ocupados por muertos. Empezaron a caer ligeros copos de nieve, que bajaban oscilando erráticamente, impulsados por un viento helado.

Cuando las nubes velaban la luna, sumiendo el área en la oscuridad, y el silencio se hacía más profundo, una inquietud creciente hizo presa en los defensores. Había que saber dónde estaban los ingleses y, si fuera posible, establecer cuál sería su jugada siguiente.

Vázquez se dirigió por lo bajo a su gente:

-Un voluntario para hacer una descubierta- requirió.

En el pozo más próximo se hallaba Beto, que respondió.

-Voy yo.

-Arrastrate hasta la barranca que tenemos delante y mirá qué pasa allá abajo.

Frente a las posiciones del BIM 5 se extendía una suerte de explanada, que concluía en un talud, detrás del cual, seguramente, se encontraría el enemigo.

-Si los ingleses me ven, ustedes me cubren- pidió Beto y, abandonando su pozo empezó a arrastrarse a fuerza de codos.

Lo seguía la expectación de sus compañeros, quienes rogaban al cielo que la luna no apareciera, revelando al enemigo la presencia de Beto. Muñoz lo acompañaba con la vista, apuntado el fusil hacia el filo del talud.

Beto avanzaba, arrastrándose.

Y, en ese momento, cuando había cumplido aproximadamente la mitad de su recorrido, las nubes dejaron paso a la luz de la luna, que iluminó la escena con un manto de plata.

Beto se detuvo, confiando en que pasaría inadvertido, como una roca más entre las rocas.

Pero no fue así. Algo habrían observado los ingleses pues, súbitamente, varias bengalas se elevaron transformando la noche en día.

-¡Volvé, volvé!- gritó Vázquez.

Lo intentó Beto, dispuesto a regresar haciendo gambetas. Apenas había empezado a levantarse cuando se desató un tiroteo infernal y lo derribó uno de los tiros dirigidos contra él.

-¡Le dieron al Beto!- exclamó Muñoz, agregando - ¡Cúbranme que lo voy a buscar!

Y se puso de pie sobre el parapeto de su pozo para ir en busca del caído.

Aquel era el momento tan esperado por Gustavo, el momento con el que soñaba para concretar su venganza, el momento que justificaba su presencia en las islas, el momento que aguardaba desde que Muñoz, con el borceguí, le hundiera la cabeza en la nieve provocando su reacción en el campito de adiestramiento, allá en Río Grande, tiempo atrás.

Todas las circunstancias estaban dadas, conjugándose para permitirle disparar sobre Muñoz en medio del fuego cruzado entre atacantes y defensores.

Muñoz permaneció un momento erguido junto a su pozo, antes de iniciar el arduo intento de rescatar a Beto.

Gustavo le apuntó con cuidado, al medio de la espalda, entre los omóplatos.

Pero no pudo tirar. Súbitamente tomó conciencia de la magnitud de aquello que estaba por hacer y bajó el arma.

Muñoz inició una carrera desenfrenada, saltando a izquierda y derecha, dejándose caer para volver a levantarse y proseguir en medio del pique de las balas que rebotaban alrededor de él.

Sin recibir ningún impacto llegó hasta donde estaba Beto y, arrojando lejos su fusil, se lo echó al hombro para emprender el regreso.

Fue entonces cuando Gustavo comprendió que, así, jamás podrían llegar de vuelta Muñoz y Beto.

De manera que, abandonando también su pozo, corrió hacia ellos gritando.

-¡Aguante Muñoz que allá voy!

A toda velocidad, moviéndose hacia un lado y otro, llegó hasta donde estaban el suboficial y el herido. Apoyó la espalda contra la de Muñoz y empezó a tirar contra las posiciones enemigas, cubriendo la retirada de los tres.

La luna y las bengalas encendían el cielo, el fuego de la fusilería estremecía la ladera y el grupo avanzaba lentamente para alcanzar las líneas argentinas. Al frente Muñoz, cargando con Beto; detrás de éste Gustavo, de cara a las posiciones inglesas, disparando contra ellas y caminando hacia atrás.

Pero era claro que el trío no podría cumplir sus propósitos, acosado por el fuego adversario.

Y fue entonces cuando se oyó la voz de un oficial inglés, sobreponiéndose al fragor del combate y ordenando:

-¡Alto el fuego!

Un aplauso cerrado se hizo escuchar, comenzado desde las filas británicas y seguido desde las argentinas. Por fin, un triple *¡hurra!* se elevó desde aquéllas y Muñoz, Gustavo y Beto alcanzaron las posiciones del BIM 5.

Beto fue confiado a los enfermeros, quienes aseguraron que se recobraría de su herida.

Y Muñoz abrazó a Gustavo, mientras le decía:

-Gracias, muchacho.